

terror de la noche. Muchas veces me ha acaecido el recorrer de una á otra estremidad aquella larga avenida de muros ardientes, en medio del día, sin ver moverse una sola persona en toda su estension, y sin oír resonar un solo paso en el piso. Algunos gatos doloridos, atravesando rápidamente la calzada y deslizándose de una guardilla á otra; un asno abandonado y cargado con su albarda, cazando la yerba, en la hendidura del umbral de los palacios; de cuando en cuando, una de las persianas por lo regular cerradas, se abría, empujada por el brazo desnudo de alguna muger invisible, y cerrándose en seguida sin ruido, en el vacío ó en el silencio; largas cuerdas atravesadas de una ventana á otra, donde las lavanderas estendían su ropa y las mugeres pobres sus harapos para que se secasen al sol; en el fondo de la calle, las inmensas sombras producidas por la columnata de San Pedro, semejante á la misteriosa oscuridad de un bosque de piedras; y mas allá, en el cielo, la cúpula dibujaba en el firmamento, su globo, sus galerías aéreas y la última balaustrada al rededor de la cruz, semejante al balcon del palacio de un dios; he aquí la austera fisonomía de ese cuartel de Roma. Si alguna de aquellas puertas se abre mientras pasais, y dirigís una mirada al interior de esas habitaciones, vereis grandes patios, en cuyas losas se refleja el sol, así como en las cabezas de triton de las fuentes, ó en los mármoles de las estatuas colocadas en los nichos de las fachadas; y en el fondo del patio grandes jardines, divididos por gradas de mármol, y plantados regularmente de elevados cipreses, que se estienden, como en el jardín papal del Vaticano, hasta los muros de ladrillos despostillados y entapizados de yedra de las murallas de Roma. Tal era la Longara.

XII.

El convento, que visité despues con Salucio, no consistia mas que en un gran edificio bajo, con siete ú ocho ventanas arqueadas

con rejas de hierro, y en un gran muro, que no tenia mas que una puerta pequeña, que impedía ver la calle. Tras de aquella ala arruinada del antiguo monasterio, se veía un monton de escombros medio cubiertos de vejetaciones parietarias y algunos muros todavía de pié, en los cuales se distinguían inmensas ventanas sin marcos, y por ellas se veía el cielo; un jardin casi inculto se estendía tras de las ruinas del convento demolido, hácia las murallas, con una larga calle, en otro tiempo enlosada, y entonces tapizada con multitud de yerbas secas; bajo los mismos muros otra calle transversal, y casi siempre sombría, serpenteaba siguiendo la curva de las bastiones. En ambas estremidades se hallaba una estatua de una santa, cubierta de yedra por efecto de la humedad y por el musgo de las paredes. Era el acostumbrado paseo de las religiosas y de las jóvenes reclusas de aquel convento arruinado.

Descendiendo hácia la calle, se percibía un inmenso claustro exterior, cuyo techo y terrado sostenían columnas pequeñas de mármol blanco. Aquel claustro servía de avenida á una capillita formada de hermosas piedras amarillas, como las de San Pedro de Roma. Dos ángeles de mármol negro acostados sobre la cornisa del portal, y alargándose los brazos como para ayudarse á soportar un fardo, unían sus manos para elevar un cáliz. Las ventanas de las celdas de las religiosas, y las de las dos niñas mayores daban al terrado, cubierto por el techo plano de aquel claustro. Una estatua de la Virgen teniendo á su niño en sus brazos, coronaba bajo el mismo claustro una fuente alimentada por un derrame de la inmensa cascada de la *Aqua Paulina*, y mormurando día y noche bajo los arcos, llenaba aquella soledad con el único ruido de vida que se escuchaba en aquel silencio de los vivos.

¶ Tal era el monasterio habitado por las dos amigas.

XIII.

Aunque Clotilde fuese algunos meses mayor que Regina, el desarrollo del cuerpo y del alma, mas rápido en las jóvenes del Medio lia, aunque hayan nacido en la sombra, habia borrado toda distancia entre ellas. Sus pensamientos y sus sentimientos se hallaban al mismo nivel que sus frentes. Apenas habian pasado juntas algunas semanas, cuando sus nacientes impresiones se habian cambiado, como entre dos hermanas que hubieran mamado la misma leche en el seno de una propia madre. Sus familias sin tener relaciones de sociedad habitual, se conocian de nombre y se encontraban en los mismos salones de los cardenales ó príncipes romanos. Cuando la madre de Salucio iba á visitar á Clotilde al locutorio, siempre deseaba ver á Regina. Cuando la abuela de ésta, la condesa Livia, iba con mas frecuencia todavía á pasar muchas horas con la superiora y con su nieta nunca dejaba de preguntar por la jóven francesa. Se acostumbraban así, dentro y fuera, á considerarse como de una misma familia. Su mutuo afecto se aumentaba. Todo les parecia indivisible entre ellas, infancia y juventud, convento y mundo, educacion y vida.

XIV.

Por el retrato de Regina á los diez y nueve años, debe figurarse lo que seria á los catorce. En cuanto á Clotilde, jamas la he visto; no conozco de ella mas que los retratos que su hermano me hacia con frecuencia de su figura, y por la prodigiosa semejanza, que segun él decia, habia entre ambos. Me la pintaba como una jóven mas italiana en su naturaleza y facciones que Regina, con ojos negros, frente pálida, cabellos lisos y oscuros, con una espresion de seriedad, de meditacion y firmeza madura

antes de la edad; triste antes de sentir el dolor, elocuente antes de conocer la pasion, un presentimiento encarnado de la vida, del amor, de la muerte, la sombra de una estatua proyectada por el sol en la losa de una tumba del Vaticano. Su mirada, me decia él, profundizaba cuanto veia; y su palabra por el contrario, esculpia lo que habia visto ó imaginado; ella misma se grababa en la memoria de los que la habian visto una sola vez, como si hubiese alguna mágia en la jóven. Mas esa mágia añadía él, no era la del terror, sino la del atractivo. La adoraban, admirándola.

XV.

Hacia ya algunos meses que estaba en el monasterio, cuando fué conducida Regina allí por su abuela para que concluyese su educacion. Regina, mimada y consentida hasta entónces por su madre grande, y espantada por el trage y la ancianidad de las religiosas, idolatró naturalmente por instinto á su única compañera, Clotilde. Las distracciones y los estudios de las mugeres en ese claustro, medio desierto de Italia, no eran propios por su naturaleza á ocupar el tiempo y las activas imaginaciones de dos reclusas de su edad.

Ya se sabe lo que era entonces la vida de aquellos conventos: ceremonias religiosas, propias mas bien para fanatizar los sentidos que para edificar las almas; perfumes, cuadros, flores, músicas en la capilla; libros místicos, procesiones, rosarios sin fin y sin ideas, prácticas infantiles, costumbres austeras, recogimientos exteriores, meditaciones marcadas en el meridiano á diferentes horas del dia; un poco de música y de poesia santa, enseñada á las discípulas por las maestras afiliadas en la casa; paseos lentos en el recinto amurallado, muchos momentos de soledad impuestos á las novicias en sus celdas; la distraccion consistia en algunas visitas que hacian los dignatarios de la

Iglesia, protectores del convento; los sermones familiares de algunos predicadores célebres de la parroquia en las cuaresmas ó en los advientos; la monotonía en el vacío, la importancia en la nada, una sensualidad piadosa, santificada por el misticismo; he aquí la educación de la Italia y de la España entonces. No había noviciado más propio para anular todas las facultades razonables y para enaltecer ó estraviar una sola: la enagenación. Así, pues, ese era el efecto ordinario producido por aquellas reclusiones de las jóvenes. Costumbres piadosas, espíritu vacío, corazón apasionado. Tales salían de allí esas verdaderas orientales de la Europa, para pasar de la ignorancia y la puerilidad de los claustros á la libertad y á la voluptuosidad de la vida.

Mas Clotilde, antes de entrar por necesidad en aquel convento, á causa de una ausencia de su padre y una enfermedad de su madre, había recibido ya en la casa paternal una educación muy superior á aquella sombra de educación conventual. El padre, la madre, una aya bastante instruida, conducida por ellos de Inglaterra á Roma, le habían enseñado muy temprano, y casi fuera de tiempo, todo lo que forma en París ó en Londres la esmerada educación de una joven. Había estudiado la historia; había recibido los principios de las artes, había leído en fragmentos, á los grandes poetas de la antigüedad; hablaba tres idiomas, sin haberlos aprendido de otro modo que por la práctica, el francés, el inglés y el italiano. Había escuchado en la casa de sus padres las serias conversaciones de hombres distinguidos de aquellas tres naciones, conversaciones que los niños parecen no escuchar, pero que retienen en la memoria. Los mismos emigrados franceses eran novadores audaces en comparación de las ideas y de las costumbres de la enclaustrada Italia. Clotilde, aunque piadosa como su madre, y muy joven, motejaba la ignorancia y la puerilidad de las devociones de su claustro.

Había llevado al convento algunos volúmenes escogidos de sus mejores libros de educación, en inglés y francés, que las religio-

sas romanas habían admitido sin comprenderlos, y en los que se instruía ó recreaba, para preservarse de la ociosidad y del contagio de las habladurías de aquel mundo pequeño, secuestrado de todas las ideas. Su ejemplo y su conversación instruían más á Regina que las fastidiosas lecciones de aquellas religiosas ignorantes, como niñas con cabellos blancos.

Clotilde había sentido por Regina, la misma inclinación natural que había arrastrado á ésta hácia la joven francesa. La maravillosa belleza de la italiana había sido como un rayo de luz reflejado en las paredes de su celda; su corazón había marchado en pos de sus miradas. La belleza, sobre todo cuando se compone de ese misterio que se llama encanto, no solo arroja sus dardos de la frente de la mujer á la mirada del hombre; impresionada diferentemente, los ojos y el corazón, entre dos jóvenes bellezas del mismo sexo; produce en los hombres el amor; en las mujeres la admiración y el atractivo del alma. La belleza es un don desconocido, y un poder mágico. No le está permitido á ningún ser viviente escapar de ese poder. Ser hermosa, es reinar.

Aquellas dos jóvenes sintieron, una hácia otra, ese poder oculto de la hermosura, aunque diverso en las dos. Esa misma diversidad, ó esa oposición de la belleza, concentrada en Clotilde, brillante, trasparente y atractiva en Regina, fué, tal vez sin que ellas mismas lo conocieran, una de las causas que las atrajo una hácia otra. Los contrastes son atractivos, porque se completan. Su amistad llegó á ser el único sentimiento de existencia que tuviesen en aquella soledad. Las niñas sus compañeras eran demasiado pequeñas, las religiosas demasiado ancianas, y se hallaban muy ocupadas por sus minuciosidades y por sus prácticas, para ofrecer ninguna ocasión de amor á aquellas dos almas de catorce y quince años. Se sentían atraídas simpáticamente, una á la otra, y se regocijaban interiormente; porque aunque inocente como sus corazones, su amistad era celosa; hubieran sido desgraciadas con la menor rivalidad en su afecto.

XVI.

No dormían en compañía de las otras pensionistas; habitaban dos celdas que habían quedado vacías por muerte de dos reclusas ancianas del convento, y cuyas celdas seguían inmediatamente á las de las religiosas. Se hallaban separadas solamente por una pared; recibían la luz por el terrado que se encontraba arriba del claustro, de manera que aunque quitase durante la noche la superiora las llaves de las puertas que conducían de las celdas al corredor, Clotilde y Regina solo tenían que abrir sus ventanas y dar tres pasos, con los pies desnudos, para hacer el menor ruido posible sobre las losas del terrado, para pasar de la habitación de una á la de la otra y prolongar así por más tiempo en la noche las lecturas, las conversaciones ó meditaciones que las habían ocupado durante el día.

La regla de la casa las obligaba á acostarse á las ocho de la noche, aun en el estío, precisamente á la hora en que la luna y las estrellas hacían más atractiva la vista del firmamento, y en que la brisa refrigerante que corre á esa hora de las gargantas de *Tusculum* de Laricia ó de Tibur, comienza á hacer mover las flechas sosegadas de los cipreses.

Era exactamente la hora en que las almas de ambas amigas comenzaban á despertar y agitarse también, después de la prostración causada por las ardientes horas del día, y en la que sentían la necesidad de gozar á la vez del ruido del follaje, de los murmullos de las fuentes, y de esos sueños y deliciosos diálogos en voz baja que doblan la vida reflejándola.

Así, pues, casi todas las noches, tan luego como las religiosas en sus celdas vecinas concluían las últimas decenas de sus rosarios y apagaban las lámparas de sus reclinatorios, una de las dos amigas se levantaba y empujaba sin ruido la puerta de su ventana pasando á la celda de su amiga que la aguardaba. Allí,

sentadas en la orilla del lecho ó en el umbral de la ventana en frente de los ennegrecidos muros que limitaban sus sombras en el jardín, bajo la estrellada bóveda del cielo, escuchando el eterno ruido de la fuente que serpenteaba á sus pies, en el claustro inferior, dejaban sonar, sin escucharlas, en los relojes de las vecinas iglesias, las horas recogidas de aquellas hermosas noches.

XVII.

¿De qué hablaban, en voz baja? De la creciente ternura que sentía la una por la otra, de la incesante necesidad de verse, del pesar que probaban cuando la regla de la casa ó las ocupaciones del día las separaban un momento, de la completa similitud de sus impresiones, que les parecían nacer en dos corazones y en un solo pensamiento, de sus estudios, de sus poetas, de la música sobre todo, que les agradaba mucho más que los versos, porque las notas más vagas llegan hasta lo infinito, y son más apasionadas que las palabras; el cielo, las estrellas, las elevadas puntas de los cipreses, cuyas sombras daban vueltas lentamente, al derredor de ellas, como las agujas de un reloj, marcando el tiempo sobre la arena; campos libres, inmensos desiertos cubiertos de ruinas, soledades sombreadas por verdes encinas, y murmuradoras cascadas, ocultas por las elevadas murallas de Roma, las ciudades de su infancia, tales como Albano ó Frascati; la felicidad de encontrarse reunidas algún día de la época en que los vendimiadores de Itri ó de Fondi danzan al volver por los caminos, donde duermen escuchando las tocatas napolitanas del *pifferaro* (tocador de gaita); en fin, hablaban de sus familias, de sus parientes, de sus nodrizas, de sus patrias, tan lejanas una de otra, de los tempestades y de las nevadas, del océano, de la Inglaterra y de la Bretaña, de los castillos rodeados de torres góticas de aquellas provincias, tan diferentes de la eterna tranquilidad de las ciudades abiertas por todos los poros al sol de aquellas colinas romanas.

Tales conversaciones no se agotaban jamas, y seguian, por mejor decir, la monótona corriente y el susurro melancólico de la *Aqua Paulina*, que caia en la taza de mármol. Sus rostros, frente uno de otro, sus brazos entrelazados, tan pronto sobre las rodillas de la una como sobre las de la otra; los flotantes rizos de sus cabellos, mezclados, cayendo sobre sus espaldas medias desnudas, y con los que jugaban las ráfagas de viento que corrian por el terrado; todo esto las hacia parecer dos hermosas cariátides de mármol blanco, agrupadas bajo el balcon de una ciudad romana, sobre las que se desliza la luna, se apaga, ó se cubren con las tinieblas, recibiendo el rocío toda una noche de estío.

Era preciso que aquellas noches les causasen una viva impresion, supuesto que Regina, tres ó cuatro años despues, y habiendo perdido hacia mucho tiempo á su amiga, no cesaba de recordarlas y pintármelas con un lenguaje mucho mas sonoro que el mio, y en el que se notaban esas emanaciones de la tierra, del cielo y del corazon.

XVIII.

Tal vez aquellas conversaciones nocturnas y secretas con su amiga, no le habian causado tanta impresion sino porque fueron la causa, ocasion y origen de su amor y de su destino.

Debe suponerse que los pensamientos de las dos reclusas debian ser en efecto relativos á sus dos familias. Regina no conocia de la suya mas que á su abuela, en cuyo palacio habia sido educada en ***, á su nodriza, á su tutor, al príncipe ***, y á algunos abates, parientes y amigos de su familia, que frecuentaban en Roma ó en ***, los salones de la condesa Livia. Pero Clotilde tenia padre, madre, y sobre todo, un hermano, compañero y amigo de su primera infancia, entonces relegado en su patria. Clotilde lo adoraba, y hablaba sin cesar de él á su amiga, que no se cansaba jamas de oirla, y siempre promovia la misma

conversacion. Quería saber su edad, cuál era su figura, su talle, sus facciones, su carácter, el color de sus ojos y de sus cabellos; hasta el metal de su voz y su gesticulacion.

Clotilde le decia: No necesito hacerte su retrato diariamente. Mírame: nunca la naturaleza formó dos seres mas iguales en el rostro, en el corazon y en el carácter, como á mi hermano y á mí. Fuimos llevados en el mismo seno, por la misma madre, y poco mas ó menos en el propio tiempo, en medio de los mismos pensamientos de la desgracia, de proscripcion y de destierro que enternecian y desgarraban el propio corazon; nacimos en el mismo clima nebuloso, á la orilla y mecidos con el ruido del océano; nuestros pensamientos volaron juntos á los espacios imaginarios, buscando y perdiendo sucesivamente los mismos asilos: vivimos ambos en seguida en esos mismos palacios, y en esas ciudades de Roma, que ha sido nuestra tercera patria; hemos vivido juntos, como dos plantas de un clima frio trasplantadas al Mediodía, creciendo nuestros cuerpos, nuestros ojos y nuertas almas al sol de tu Italia; sin embargo, hemos alimentado siempre ambos, los lejanos recuerdos de los primeros cielos que vimos y de nuestros primeros infortunios, de manera que uno y otro hemos conservado alguna cosa sombría, triste y fria de la Bretaña, en el brillo exterior de tu Italia. Romanos en cuanto á los sentidos y bretones por el corazon, tibios como nuestro nuevo cielo, severos como nuestra antigua patria, meditabundos como estas noches, graves como nuestras nieblas: tales somos interiormente mi hermano y yo. En cuanto al exterior, al menos cuando tenia diez y seis años, y partió para la Bretaña, si se hubiera puesto mis vestidos, y yo los suyos, nuestra misma madre habria tenido trabajo en reconocernos. Yo soy su sombra, y él es mi espejo. Mas al presente la edad habrá debido cambiarlo un poco. ¡Oh! Dios mio! cómo deseo verlo, en su hermoso caballo negro y con sus armas, que me describe con tanta viveza, y con ese entusiasmo militar de nuestros bretonos por su nueva profesion.

—Y yo tambien, decia Regina, cómo deseo verlo. Me parece que seria á tí á quien veria, que lo amaria como te amo, que le hablaria como te hablo, y que no me intimidaria su presencia, como no me intimida la tuya.

Y las dos amigas se abrazaban, y comenzaban á reirse y á delirar en voz baja, temiendo que el ruido de sus conversaciones despertase á las religiosas.

XIX.

La verdad, segun lo que mas tarde me dijo Regina, es que, cuando tuvo la edad suficiente para sondear con la vista su propio corazon, adorando á Clotilde, amaba ya á dos personas sin sospecharlo; á su amiga y á su hermano, que se confundia con ella en su imaginacion, de tal manera, que era imposible separar ambas imágenes: tan poderosa así es en una imaginacion solitaria, que no se alimenta mas que con una sola idea y un solo sentimiento, la represion continua en el corazon de una sola persona amada. Regina descubria en su pensamiento á su amiga para amarla mas, amando á su hermano en ella, y en ella á su hermano ausente. Nunca hubiera creido tal fenómeno, que manifiesta y dobla el ser amado, y lo habria tomado por una concepcion imaginaria de poeta, si no lo hubiese visto con mis propios ojos en el alma de Regina.

XX.

Dos años pasaron de esa manera para las dos compañeras de aquella soledad, sin variar en nada su existencia, si no es aumentando mas y mas cada dia la ternura de su mutuo cariño, desarrollando su alma, concluyendo y madurando su belleza. Clotilde tocaba á los diez y ocho años y Regina á los diez y seis.

La muerte de la madre de Clotilde, á consecuencia de su enfermedad de languidez, sumergió á su hija en un dolor sordo y lento, que la consumió en los brazos de Regina. La noticia del fallecimiento de su padre y la prolongada y forzosa ausencia de su hermano, fueron suficientes para terminar una vida que se habia concentrado en aquellos tres pensamientos, y que no dependia ya de la tierra sino por una raiz. Aquella última raiz debia ser tronchada tambien. Se anunció en el convento que Regina iba á salir para casarse con el principe de ***, pariente y amigo de su tutor.

En efecto, la condesa Livia fué á sacar del convento á su nieta para tenerla algunos meses á su lado, en su posesion de F..... Las dos amigas no podian arrancarse de los brazos una de la otra. Regina juraba á su abuela que preferia hacerse religiosa por toda su vida, á tener el dolor de separarse por mucho tiempo de su amiga enferma. Se le ofreció que su ausencia no seria larga, que el matrimonio seria aplazado para de allí á dos ó tres años; fué sacada casi por fuerza por la condesa Livia, por sus criadas y su nodriza. Las puertas del convento se cerraron para la pobre Clotilde. Su celda le pareció una noche fúnebre, una tumba anticipada, un silencio eterno, tan pronto como el brillo, la vida y la voz de Regina desaparecieron. En los primeros dias de Noviembre redobló su languidez, se apoderó de ella la fiebre, sus megillas se tiñeron por la primera vez con esos tintes del sol poniente sobre las marchitas hojas del cerezo; espiró llamando á su amiga y á su hermano. He visto su tumba con ese nombre francés desterrado en la muerte, en medio de todos aquellos nombres de religiosas ó novicias del Estado Romano.

XXI.

Regina, á quien habia querido ahorrarse aquel espectáculo y la desesperacion, no fué instruida sino poco á poco y mucho